

UNA VIDA ROTA EN CUATRO de Lucigar

Una casa, dos padres y dos hijos.

Suena a una ecuación matemática simple, pero puede complicarse.

En el comienzo se da todo por hecho, dos personas se enamoran, se casan y forman una familia.

En el momento en el que algo se tuerce puede provocar un huracán.

Mi huella es grande. En comparación a la suya es pequeña, pero similar en fuerza.

Siempre me enseñó a dar pasos significativos y a ir marcando mi camino.

Me cogió de la mano, crecí más alto.

A su rodilla, a su cadera, a su hombro, hasta que le superé, pero no importa mi altura, él siempre pensará que soy pequeño.

Muchas personas se han ido y han entrado en mi vida.

He llorado con el corazón roto y reído con las lágrimas, pero sus brazos, siempre serán mi hogar.

Me da pena, aunque quizás no debería.

Me duele el corazón por él, aunque quizás no sea justo para mi madre.

Dos casas, un padre, una madre y dos hijos.

Yo quería ser como mi padre en un futuro,

en ciertos aspectos quizás debería abandonar ese sueño.

Un padre debe enseñar a querer con fuerza y sinceridad, no debe ser la razón por la que se complica el amar.

Sé que a veces cena solo con tres asientos vacíos a su alrededor.

Sé que encuentra a menudo la casa en silencio y le alivia porque no resuenan gritos entre las paredes.

Con tres habitaciones vacías sé que duerme en el sofá,

porque la cama es tan solo un recuerdo de todos los errores que cometió.

Echo de menos los momentos en los que todo era más fácil.

Dicen que, si crees en los triunfos del amor a pesar de haber crecido con una vista completa

de sus defectos,
es porque eres valiente.

“No dejes que las cosas que te han hecho daño te conviertan en una persona que no eres.”
Me repiten constantemente.

“No eres como él, eres la versión que él siempre quiso ser.”
Me dicen sin interrupción.

“Tampoco eres como ella, heredaste su amor interminable, pero lo multiplicaste por tres.”
Me insisten una y otra vez.

Dos hermanos.

Un padre y una madre, a menudo se dejan un agujero en el pecho que tratan de tapar con sus manos para asegurarse de que nada se escapa, tan solo las lágrimas que gotean algunas noches antes de dormir.

Un hijo se debe dar cuenta de que, puede cuidar de sí mismo, que puede depender de la persona en la que se ha convertido, que puede ser su propio hogar sin importar lo que venga o lo que se vuelva a ir.

El otro intenta usar sus “pequeñas” manos para ayudarles a tapar su dolor, pero el agujero que tienen es más bien un cráter. Él no puede evitar que el agujero se agrande y debe aprender a llamar al vacío *hogar*.